

EL IRIS

Revista Mensual de Letras

Director: Clemente Palma.

Tomo II.

OCTUBRE

Num. 5

—SUMARIO—

- | | |
|----------------------------|----------------------------|
| I LA LITERATURA EN AMÉRICA | Oscar Barrenechea. |
| II VERSOS DE MECEDORA | Salvador Rueda. |
| III EL OLVIDO | José M. de Heredia. |
| IV POESÍAS | Abraham Lopez Penha. |
| V MARIANA | Pedro Astete. |
| VI NOMBRES | Federico Larrañaga. |
| VII PRELUDIO GRIS | Darío Herrera. |
| VIII SONETO | Darío Herrera. |
| IX CUENTO PROPIO | Arturo A. Ambrogi. |
| X ANARQUISMO | Luis Lagos y Lagos. |
| XI LA PECADORA | Adolfo García. |
| XII TÍSICA | W. Fernández. |
| XIII CUENTO A LESBIA | J. A. Román. |
| XIV LOURDES | Nicanor Bolet Peraza. |
| XV MÍSTICAS | Clemente Palma. |
| XVI ACUARELA | Sixto Morales. |
| XVII LA ALONDRA | José S. Chocano. |
| XVIII ALLEGRO | Federico Larrañaga. |
| XIX BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS | Clemente Palma. |
| XX LA NOVELA MODERNA (Con- | Mercedes Cabello de Carbo- |
| clusión) | nera. |

LIMA
LIBRERÍA, IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓNG. E. L.
Banco del Herrador, 113 y 115

1894



INTANGIBLE



EL IRIS

REVISTA MENSUAL DE LETTERAS

DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

NUM. 6

OCTUBRE

TOMO II

—CONTENIDO—

1	EL IRIS Y LA LITERATURA
11	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA
14	EL IRIS Y LA HISTORIA
17	EL IRIS Y LA FILOSOFÍA
21	EL IRIS Y LA PSICOLOGÍA
25	EL IRIS Y LA PEDAGOGÍA
29	EL IRIS Y LA ECONOMÍA
33	EL IRIS Y LA POLÍTICA
37	EL IRIS Y LA SOCIOLOGÍA
41	EL IRIS Y LA FÍSICA
45	EL IRIS Y LA QUÍMICA
49	EL IRIS Y LA AGRICULTURA
53	EL IRIS Y LA MEDICINA
57	EL IRIS Y LA DROGAS
61	EL IRIS Y LA BOTÁNICA
65	EL IRIS Y LA ZOOLOGÍA
69	EL IRIS Y LA GEOLOGÍA
73	EL IRIS Y LA METEOROLOGÍA
77	EL IRIS Y LA AERONÁUTICA
81	EL IRIS Y LA ASTRONOMÍA
85	EL IRIS Y LA COSMOLOGÍA
89	EL IRIS Y LA FÍSICA ATÓMICA
93	EL IRIS Y LA FÍSICA NUCLEAR
97	EL IRIS Y LA QUÍMICA NUCLEAR
101	EL IRIS Y LA BIOLOGÍA
105	EL IRIS Y LA GENÉTICA
109	EL IRIS Y LA ANTROPOLOGÍA
113	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA HISTÓRICA
117	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA COMPARATIVA
121	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA EXPERIMENTAL
125	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA TEÓRICA
129	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA APLICADA
133	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA SOCIAL
137	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA CULTURAL
141	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA EDUCATIVA
145	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA PROFESIONAL
149	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA INTERCULTURAL
153	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA GLOBAL
157	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA DIGITAL
161	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA AMBIENTAL
165	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA SUSTENTABLE
169	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA INNOVATIVA
173	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA TRANSFORMADORA
177	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA UTOPIA
181	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA VISIONARIA
185	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA REVOLUCIONARIA
189	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA LIBERADORA
193	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA EMANCIPADORA
197	EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA LIBERADORA Y EMANCIPADORA

EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA

NUM. 6

EL IRIS Y LA LINGÜÍSTICA

1953

El Iris

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y CIENCIAS

Director: CLEMENTE PALMA

TOMO II }

LIMA, OCTUBRE DE 1894

{ NÚM. 5

LA LITERATURA EN AMÉRICA

Es criterio generalmente aceptado, cuando se trata de investigar las causas de la anemia que aqueja á la literatura de Hispano-América, dice un escritor chileno en un brillante artículo reproducido últimamente en esta capital, partir de su falta de fisonomía propia, de su tendencia á la imitación de las escuelas europeas y de la dependencia moral en que vive y se agita. Y luego agrega, que acusándose á nuestro mundo intelectual de tener la vista perpetuamente fija en horizontes lejanos, donde chispean alboradas que iluminan otros espíritus, querríase un mundo literario americano en que se amalgamaran y confundieran las aspiraciones y tendencias propias y del que fueran ignominiosamente expulsados, como los poetas de la república de Platón, los modelos europeos, el alma y el cuerpo de las letras del viejo continente, para de ese modo, llegar siempre y fatalmente al nacionalismo, á las literaturas nacionales.

Las anteriores consideraciones, tendentes más que á otra cosa, á

manifestar que la literatura propiamente americana no es reclamada sino por seguir la corriente general de la moda, considerándola como una de esas tantas utopías que con frecuencia tienen albergue en cerebros fantásticos y soñadores, no obstan para que, aun á riesgo de que se me considere en el número de ellos, exponga las razones, que á mi juicio, abonan sobre este interesante punto, tantas veces debatido y nunca suficientemente resuelto.

Desde luego, hay que convenir en una gran verdad, reconocida por todos y muy especialmente por el escritor á que acabo de referirme; y es, que toda literatura verdaderamente grande, abarca, por lo menos, una raza, es decir una civilización. Así, las literaturas de Francia y España, que podemos decir, son las maestras en ese arte, corresponden á civilizaciones que han llegado al mas alto grado de desarrollo, y por eso es, que sus obras literarias llevan impreso ese sello de originalidad y de grandeza, que no se encuentra en la literatura americana, á causa de

su falta de independencia y á causa también de su civilización, que aunque esplendente, no puede equipararse, sin embargo, á la de los estados europeos. Pero una vez sentado este principio, no puede deducirse nada en contra del americanismo en la literatura, porque sino se le quiere conceder la grandiosidad que á otras literaturas, no hay razon para que por el sólo hecho de no haber llegado al mayor grado de perfección posible, se la condene á vivir de la simple imitación; siendo así, que esa es obra del esfuerzo de la inteligencia humana, depende del talento de los que la cultivan y de los medios que emplean para alcanzar el triunfo de sus propósitos y de sus ideales.

Y al abogar por esta independencia, no queremos llegar como fin necesario é ineludible, á las literaturas nacionales; porque como muy bien hace notar el ya citado escritor chileno, el nacionalismo es estrecho, enervante, carece de luz y de horizontes; citándonos, al efecto, en comprobación de su aserto, la literatura de Francia, que dice, no es francesa sino latina, la literatura de Alemania, que no es alemana sino germánica, y la literatura de Rusia, que no es rusa sino eslava. Pero no es ese el ideal que perseguimos, los que deseamos un campo propio á las letras americanas, libre de extranjero impulso; nosotros no queremos la literatura de una nación sino la literatura de un continente. Está bien y es de todo punto inquestionable, que la nacionalidad sea el fundamento de las dispo-

siciones que se dicten en el orden jurídico y administrativo; así, por ejemplo, los Códigos y las leyes son enteramente nacionales, propios de determinado país, adaptables á él y en conformidad con sus instituciones y modo de ser: no así la literatura, que no está sujeta á convencionalismos, que no es el predominio de un pueblo aislado, sino el resultado, como hemos dicho ya, de una raza, de una civilización. Al hablar, pues, de la fisonomía propia de la literatura de América, no queremos decir que ella sea colombiana, mejicana, venezolana ó argentina, sino esencialmente americana; mejor dicho, lo que ambicionamos es, la americanización de la literatura del NuevoMundo.

Y ahora bien: ¿por qué si la civilización americana es distinta de la europea, ha de recurrir á materiales extraños, en vez de aprovechar de los que abundantes en su propio suelo, puedan servirles de alimento para su inspiración y al mismo tiempo de inspiración para sus cantos? ¿Qué mayor fuente de inspiración para nuestra literatura, que la misma América, esta virgen América, espléndido vergel donde han cantado los poetas y los artistas, presentándola como símbolo de eterna gloria y como encantado edén de las mas risueñas esperanzas? ¿Por qué razón nuestra América, con un cielo tan distinto del de Europa, con un clima tan diverso y un medio tan especial, no ha de tener una literatura propia, que sea el fiel reflejo de sus ideales, de sus instituciones, de sus usos

y costumbres, en una palabra, de todo aquello que le pertenece, que es exclusivamente suyo; y por qué, en fin, han de recurrir nuestros poetas á plectro extraño, para cantar lo que cantan los poetas egregios: los sentimientos del alma y las pasiones del corazón humano.? Y si aplicamos en este caso la teoría de Taine, de que toda obra de arte no es sino resultado del medio físico y social en que se desarrolla, tendremos que admitir con el gran crítico francés, que las obras literarias que en América se produzcan, estarán en relación con ella y serán el retrato de sus luchas, de sus guerras, de sus afectos mas íntimos, describiéndonos al mismo tiempo, á sus habitantes con todos los rasgos propios de su carácter, ya con sus dulces alegrías y sus goces placenteros, ya con sus tristezas lastimeras y sus infortunios desgarradores.

Por otra parte, si las repúblicas americanas lograron con su emancipación política, nacer á la vida de la libertad, no hay razón para que en el campo de la literatura permanezcan todavía sujetas á los modelos europeos; siendo ésta la causa de que su literatura esté aun en plena decadencia, mirándose la languidecer, según la feliz expresión de un escritor hispano-americano, en lo que hay de mas infecundo, el aislamiento, y en lo que hay de más enervante é indigno para el genio de una raza: la imitación. Y no se diga que la libertad no es tan esencial en el arte como en la vida civil; porque así como no hay institución humana que pue-

da vivir sin el aire vivificador de la libertad, así tampoco no hay arte que pueda progresar sin el auxilio de ese precioso dón de la naturaleza humana; de no ser así, sólo se tendrán tendencias más ó menos artísticas, pero nunca el verdadero arte, que para considerársele como tal, es necesario que la concepción del artista se desarrolle libremente y que la expresión que brote de su alma sea espontánea y vigorosa, no sujeta á trabas de ninguna especie, que en vez de embellecer el arte, lo afean y esterilizan. Prueba de lo que dejamos dicho, la tenemos, por ejemplo, en la arquitectura egipcia y en la de todos los pueblos orientales, que lo mismo en la pintura como en todas las manifestaciones del arte, sus progresos son tan lentos, que solo pasando á épocas mas adelantadas, como las de Grecia y Roma, podemos divisar ya la aurora del verdadero arte, que mas tarde habían de inmortalizar los genios de Miguel Angel y Rafael en los tiempos modernos y el de Wagner en la edad contemporánea.

Esta falta de libertad, que de una manera general, notamos en las obras artísticas de la antigüedad, se puede aplicar también en especial á la literatura de América. Mientras la de las primeras proviene de la esclavitud que reinaba en esos pueblos; la de la segunda, dimana á su vez, de una causa quizá tan convencionalista como la anterior: tal es, el exclusivismo de las escuelas que se disputan el campo en los dominios del arte. De há, que hoy en América, con raras ex-

cepciones, no hay poesía, drama ó novela que no sea romántica, realista ó naturalista ó que pertenezca también á la escuela que ha dado en llamarse decadente. Siguiendo esas tendencias, todo libro que aparece tiene forzosamente que pertenecer á cualquiera de esas escuelas, que tratando de predominar las unas sobre las otras, contrarían así los preceptos de la Estética, que recomiendan la unión más estrecha é íntima de todos los elementos que el arte há menester para su mayor incremento y desarrollo. Nuestros poetas y literatos con la mirada permanentemente fija en los jefes de escuela, como Victor Hugo del romanticismo y Zola del naturalismo, no hacen, pues, otra cosa, que seguir sus opiniones, lamentándose de los extravíos en que incurren, después de haberse dejado arrastrar, sin saberlo, por esas corrientes exclusivistas, ni más ni menos que como esos soldados, que inconscientes de lo que hacen, sólo aguardan la voz de mando, para ir á combatir y quizás á sucumbir, no en defensa de una causa ni de un principio que ellos conocen, sino á perecer sin saberlo, en beneficio de un extraño ó de un ambicioso vulgar.

Imbuidos así de la tendencia á la imitación, Francia y España principalmente, han sido y son aún hoy mismo nuestra fuente de inspiración. En 1830, cuando el romanticismo estaba en boga en aquellos países, vinieron á las playas de América dos oleadas románticas: la una represen-

tada por Victor Hugo, Lamartine, Gautier y Musset, y la otra por Zorrilla, Espronceda, el Duque de Rivas y García Gutiérrez. Todo lo que cantaban entonces los americanos era europeo; y á tal punto llegó á infiltrarse el espíritu europeo en nuestra literatura, que como dice tan elegantemente mi querido amigo, el joven y ya distinguido escritor Clemente Palma: "á cada queja, á cada suspiro que venía de ultramar, todos nuestros poetas estudiaban la nota y repetían en su lira el sonido culminante del sentimentalismo extranjero. Si se desesperaban nuestros poetas había de ser con el corazón y el verso esproncedino, si reían era con los labios de Béranger ó Villergas; si lloraban, con Arolas; si describían, era con el romance á lo Duque de Rivas ó con la composición polimétrica y los dulzozes rítmicos del cantor de Granada."

Sin embargo, hay una lijera, corriente hacia el americanismo. Ya desde 1870, Mármol, malogrado poeta argentino, con su novela histórica "Amalia", aunque de carácter político, echaba las primeras raíces, que más tarde habían de recoger preclaros ingenios. Entre éstos, merece especial mención el bardo uruguayo, Zorrilla de San Martín, que con su talento extraordinario y su viril entonación épica, ha sabido dar á su hermoso poema "Tabaré" un sello esencialmente americano, pintando con riqueza de imaginación y poesía incomparables, la raza de los charrúas, á la que pertenece el

indio que ha dado nombre á su celebrado canto. Es allí donde deben inspirarse los que quieran dar á sus obras un tinte completamente americano, en esa hermosa epopeya, quizás la única que hasta hoy se ha escrito en América; título bastante para orlar, una vez más, la frente del que la América considera ya como uno de sus más egregios cantores. También Jorge Isaacs con "María", idilio en prosa, impregnado de la savia americana, ha logrado que su inspirada novela sea considerada como uno de los modelos más acabados de la literatura propiamente americana.

Pero á pesar de que las obras ya citadas y otras que sería largo enumerar, están demostrando hasta la evidencia, que la originalidad de la literatura del Nuevo Mundo, lejos de ser una utopía, está en el dominio de lo realizable, no pretendemos que ella sea absoluta, contentándonos tan solo con los elementos que encierra nuestro propio suelo; no: nosotros no deseamos, es verdad, la imitación, pero tampoco queremos el aislamiento, la falta de comunicación entre las literaturas del nuevo y viejo continente. ¿Cómo se concibe que vayamos á romper definitivamente con las literaturas europeas y principalmente con las de Francia y España? Ah! yo admiro como el que más á todas esas grandes literaturas, que como la de Inglaterra con Shakespeare y Byron, la de Alemania con Goethe y Schiller y la de España con Castelar, Nuñez de Arce, Menendez Pelayo y Perez Galdós, forman esa

numerosa pléyade de esclarecidos ingenios; pero siento un indefinible goce, al contemplar ese bello monumento levantado á la literatura por la gloriosa Francia, esa Atenas de los tiempos modernos, la patria del arte por excelencia, constantemente alumbrada por los fulgores del genio. Por eso me encantan: Victor Hugo con su bronceada lira, Balzac, ese gran sicólogo, con sus profundas concepciones sobre la filosofía práctica de la vida, Sainte Beuve y Taine con su admirable espíritu crítico, Zola con su talento descriptivo, Sué con su sublime estilo, Dumas, Feuillet, Chateaubriand, Daudet, y cien más, poetas y artistas, todos ellos, erguidos en la cumbre de la gloria, y traspasando las edades en alas de su celebridad y de su genio.

Sin pretender, pues, romper completamente los lazos que literariamente unen á América con Europa, esforcémonos por tener una literatura, que sin menoscabar el brillo de las de ultramar, sea esencialmente americana, para que dando á conocer toda la poesía que encierran nuestros bosques seculares, nuestros ríos y nuestra naturaleza tropical, pueda presentarse, no como un cuerpo enfermizo y endémico por la simple imitación, sino como un cuerpo sano y vigoroso, con toda la exhuberancia de la originalidad y de la vida. Y entonces, cuando se haya realizado tan hermoso ideal, nuestros poetas en peregrinación hacia el viejo mundo, como los cruzados de la Edad Media ó como el Childe-Harold

de Byron, irán cantando de pueblo en pueblo toda la grandeza y toda la gloria que encierra el gran secreto del porvenir americano!.....

OSCAR BARRENECHEA Y RAYGADA.
Lima, Octubre de 1894.



Versos de mecedora

A una limeña.

Yo me figuro á Lima tendida en una hamaca
tramada con las sedas de túnica sutil,
Y en esa red del sueño, bellísima destaca
sus formas, una diosa de cuello de marfil

Es esa diosa Lima, que entre sus siestas de oro
duerme en la urdimbre bella su casto ensueño azul
tiene una voz de timbre gratisimo y sonoro
Y amor de sus pestañas tras el sedoso tul

Entre las manos lánguidas sostiene un libro abierto
del cual lee una estrofa para pensar despues
hay en sus ojos vagas perezas del desierto
y dos almendras de oro parecen sus dos pies.

En alambreras áureas aves extrañas presas,
miran al ritmo blando del dulce mecedor,
Y abren las alas vivas en las que van impresas
las tintas que en las plumas sinfonizó el color

Es esa diosa culta, suavísima, indolente,
adora á los poetas, que son seres de luz.
tiene el reposo griego de un marmol en la frente
Y en el hablar la gracia del ámbito andaluz.

Que eres tu esa belleza, limeña que me inspira
pienso, cuando contemplo tu risa y tu bondad;
¡y en una red tramada con cuerda de mi lira
meaciéndote estaría por una eternidad!

SALVADOR RUEDA.
Madrid, Octubre 1892.



El olvido.

(Traducción de Heredia)

Sobre el peñón el templo derruido,
Y al pie mármol y bronce se han mezclado
De dioses y héroes que adoró el pasado
Y esconde hoy yá la zarza del olvido.

Sólo un pastor que trajo aridecido
Al sacro antiguo pozo su ganado

Con triste són, de un caracol lanzado,
Llena el éter azul y el mar dormido,

Fiel á sus dioses, como madre en duelo,
La tierra, en cada Abril, de nuevo acanto
Las capiteles mútilos decora,

Pero al patrio ideal ya el hombre es hielo;
Ni aun oye al Mar que en noches de hondo encanto
Por sus Sirenas desolado llora,

R. P.

Caracas, Agosto de 1894.



Marina

Á CARLOS PÍO UHRBACH.
(Matanzas)

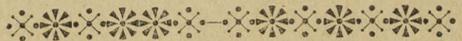
En orilla del mar, peñón gigante
Que azotan los ciclones con sus alas
Y el tiempo viste de musgosas galas,
Se yergue andaz cual colosal atlante.

Vé pasar impertérrito los siglos,
Y en vano el mar, en formidable asalto,
Padre infausto de monstruos y vestiglos,
Fatiga á aquella mole de basalto.

Una mañana, al sobreir de oriente,
De aquel peñón en la rugosa frente
Entretejió su nido un ave errante.

Mas, vino é hirióle el rayo de la tromba,
Y al serenarse el cielo nuevamente,
Vióse en la erguida cumbre del gigante
Ondear de un iris la gloriosa comba.

ABRAHAM Z. LÓPEZ PENHA.
Barranquilla, Setiembre de 1894.



Espectral

Al Maestro Paul Verlaine

Allá; en la noche desolada y bruna,
Envuelto en su sadario de neblina,
Impalpable escuadrón surge y camina
á los rayos malignos de la luna.

Por valles, montes, pampas y laguna,
Doquier su horror el ánimo fascina,
allá, en la noche desolada y bruma,
Envuelto en su sudario, de neblina.

De sus tumbas las almas, una á una,
Surgen...—; Huíd, viajero sin fortuna!

Que su espetral presencia vaticina
Portentos que la mente no adivina,
allá en la noche desolada y bruna.

ABRAHAN Z. LÓPEZ PENHA

Setiembre de 1894.

Rondel

BIZANTINO

Á FELIPE VALDERRAMA

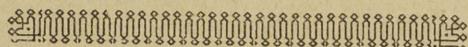
Allá, en las tierras de Asshur,
Esplenden palmas y frondas,
Y el iris abre en lns ondas
Sus abanicos de luz.

Sus perlas vierte el *bulbul*;
Van las abejas en rondas.
Allá, en las tierras de Asshur,
Esplenden palmas y frondas.

Y, de un harem de Istantul
Bajo las áureas retondas,
Sueña un suave lirio azul
Con las libélulas blondas
Allá en las tierras de Asshur.

ABRAHAM Z, LÓPEZ PENHA.

Setiembre, 1894



Mariana

MH! ¡la pobre Mariana! Está su recuerdo tan intimamente ligado con las impresiones de mis primeros años, que siempre, al tratar de evocarlas, se me aparece ella: ¡tan sencilla! ¡tan buena! siempre impresa en su rostro aquella expresión de bondad, de resignacion, que la hacian querer por todos. Me parece estarla viendo aún, en el pequeño patio de casa, dormida al sol en su silla baja, con la costura caída en el suelo, despertarse á cada instante, sobresaltada, al vaiven de un cabeceo demasiado

fuerte, recoger la costura, dar pacientemente algunas puntadas y quedarse de nuevo dormida, con la aguja entre los dedos y la cabeza caída sobre el pecho.

No sé desde cuándo estuvo Mariana al servicio de mi familia; creo haberla visto siempre, desde cuando era yo muy pequeño: á tanta distancia mis recuerdos se hacen vagos y confusos.

Era pequeña, enjuta, de color algo cetrino, de cara delgada con los pómulos muy salientes y los ojos llenos de dulzura; pero lo que la hacía más simpática era su caracter: nunca se impacientaba; hasta cuando regañaba á alguien, lo que sacedia muy raras veces, daba á su rostro una expresión tan bondadosa, tan tierna, que desmentía, casi por completo, el tono de su voz un poco brusco. En tales ocasiones, mirándola de lejos, sin oirla, habría parecido mas bien quejosa que colérica. Yo creo que nunca llegó á enfadarse de veras.

Era una de aquellas excelentes mujeres que han nacido para ser útiles, para llevar, resignadas, la carga de los demas, sin cuidarse de sí mismas; una de aquellas mujeres dignas, respetuosas con sus amos, celosa del decoro y de las conveniencias de la casa, que consideran como suya en fuerza de haber vivido en ella; que regañan afectuosamente á los niños de la casa, por el hecho de haberlos visto nacer; que se encariñan tanto con la familia, que vienen á ser, andando el tiempo, un miembro de ella, algo así como una buena tia venida á mé-

nos, que se acoje al lado de sus parientes, procurando ser útil para no molestar. ¡Oh! y en cuanto á ella, no sólo no molestaba sino que llegó á hacerse indispensable en nuestra casa.

Había nacido en Piura, y sin duda conservaba, de los calores enervantes, de los vastos arenales de su patria, aquel adormecimiento continuo, aquel cansancio de todo su cuerpo, que la hacía caminar con lentitud, arrastrando los pies, con el cuerpo echado hácia adelante, como si estuviera rendida. Su voz lenta, pausada, tenía la inflexión sentenciosa de los refranes. Una de las particularidades de Mariana era que siempre tenía sueño: era una *sonmolencia* continua, invencible; un afán irresistible de cabecear un rato sobre una silla, en cualquier rincón, murmurando, entre dientes, palabras vagas, sin sentido, como si tuviera mucho sueño atrazado. Cuándo la veía, al andar, respirando fatigosamente, tanteando las paredes, buscando con sus manos flacas el apoyo de las sillas, me parecía que iba á caer al suelo, desfallecida de cansancio. Era, sin embargo, infatigable.

A veces, uno que otro domingo por la tarde, veíamos á Mariana peinada con esmero, vestida con su mejor traje, con su manta nueva. Ya se sabía: teníamos paseo al convento. Mis hermanos y yo la rodeábamos:— Oye, Mariana.... ¡nos llevas!... ¡Llévanos, Mariana!- Bueno, pues,- decía ella. Ya no esperábamos más .Oh! ¡lo que nos gustaba ir al convento! Las monjas

nos querían mucho, especialmente una que, á juzgar por su voz temblorosa, debía ser ya muy vieja; había sido madre espiritual de Mariana y se llamaba Sor Teresa.

En cuanto llegábamos al locutorio del convento, nos poníamos á curiosear por entre los agujeritos de la rejilla, tratando de sondear con la vista los misterio, las cosas extrañas que imaginábamos detras de aquella pared agujereada que parecía una inmensa criba y á través de la cual se oían las voces nasales de las monjas; y, me acuerdo mucho: era una cosa que siempre me causaba escalofrios cuando una de aquellas voces, llenas de dulzura, que parecían venir desde muy lejos, decía:— ¡Ay! Mariana!...; qué grandes están ya tus hijos! y ¡qué hermosos! ¡bendito sea Dios! Y no podía comprender cómo era que ellas nos veían, mientras que yo no podía ni siquiera distinguir sus sombras. Era este un misterio que me atraía, constiyendo para mi uno de los mayores encantos del convento.

Permanecíamos un rato sentados, muy formales, enfrente de aquella gran tabla agujeriada, detras de la cual oíamos á las monjas, que caminaban lentamente, haciendo sonar sus rosarios. Percibíanse rumores confusos, como de roce de telas almidonadas, de murmullos de conversaciones de las que sin duda éramos objeto nostros, y sentía un cosquilleo en la piel, al pensar, que á través de cada uno de los agujeritos, habría un ojo,

fijo sobre mí, espíandome con curiosidad; era una sensación de malestar que me hacia bajar los ojos ante aquellas miradas invisibles. A veces, una claridad ténue, como la de una puerta que se entreabre, atravesaba la rejilla, y llegaban hasta mí lejanas emanaciones de jardín, murmullos vagos, llenos de frescura, como de agua que cae de un surtidor; y cerraba los ojos para imaginarme el jardín: pequeño, silencioso, lleno de flores y verdura, durmiendo á la sombra melancólica de los claústros, y en medio de él, rodeada de azucenas, la imagen de la virgen con manto celeste y corona de oro, derramando con sus pequeñas manos, amorosamente extendidas sobre aquel rincón olvidado del mundo, la paz santa, la tranquilidad eterna y la esperanza del amor infinito. Despues, al sonido de una campanada lejana, cesaba el rumor de las conversaciones, y oíamos á las monjas alejarse unas tras otras lentamente, murmurando rezos y chacleteando los zapatos.

Entonces, mientras que Mariana, con la cara pegada á la rejilla, seguia hablando con Sor Teresa, en voz baja y llorosa, entrecortada por suspiros, nos escurriámos muy disimuladamente y nos íbamos al torno; allí nos quedábamos, esperando llenos de ansiedad, de pie ante aquella gran cosa oscura que daba vueltas trayéndonos regalos. No esperábamos mucho: al poco rato giraba el torno, y, como siempre: platitos muy adornados con papel rosa picado y cubiertos de pastas; pastillas con adornos

de briscado; bandejitas con jazmines, aromas y capulí !oh! lo que me gustaban á mí los capulís!

Cuándo nos marchábamos, de regreso á casa, con los bolsillos llenos de dulces, yo me volvía á mirar á Mariana: caminaba lentamente detras de nosotros, secándose los ojos con el extremo de la manta.

Por las noches, cuando no podia dormir, llamaba á Mariana para que me contara cuentos. Sabía muchos muy bonitos. Oh! tenía un gran repertorio!: reyes que casaban con pastoras; príncipes muy valientes, que ensartaban leones, que combatían contra cincuenta gigantes á la vez, sin más armas que una varita májica; magos que preparaban remedios maravillosos: palacios encantados, llenos de piedras preciosas; mujeres tan hermosas que hasta las fieras las amaban....Era una maravilla Mariana, en materia de cuentos.

En tales ocasiones, como yo le exijia que me contara muchos cuentos, hasta que me quedara dormido, ella llevaba su silla baja y se ponía á trabajar al lado de la cama; recortaba naipes viejos en forma de corazones, de cruces, de evangelios, luego los forraba con pedazos de raso de diferentes colores y los adornaba con briscado. Tenía, no sé con que objeto, una caja llena de estas cosas. Mientras cosia, hablaba y hablaba, con su voz monótona, triste, que me iba adormeciendo, hasta que en mi imaginacion, tuabada ya por el sueño, todas

aquellas cosas comenzaban á borrarse, tomando formas extrañas e indecisas: cabezas de mujeres que sonreían; garras de león flotando en el espacio; trozos de palacios encantados, desvaneciéndose en la noche....

Pero, casi siempre, era ella la que se dormía primero, sabía un cuento muy triste, muy terrible, que me gustaba mucho. Pues bien, no sé por qué razón nunca podía Mariana concluir este cuento: á lo mejor se ponía á cabecear—¡Pero, Mariana! le gritaba yo, impaciente—Ah! sí sí..... bueno.... ¿En que estaba? Ah! ya sé Bueno, pues, entonces, los tres hijos del Rey se fueron, cada uno por su lado, á ver quien encontraba primero la flor del hirlolá.... sucedió, pues, que el ree . . el rey . . diiii.—Las tijeras caían al suelo. Había vuelto á quedarse dormida.! Era insoportable!

En sus últimos años el sueño se apoderó de ella: era una somnolencia tenáz é intranquila, sueños de pájaro, ligerísimos, de los que despertaba sobresaltada, con una expresión angustiosa en sus facciones. Se la encontraba dormida á todas las horas del día en cualquier parte: recostada en una puerta, barriendo, haciendo las camas. Al andar, arrastraba más los pies, inclinando el cuerpo hacia adelante con visible esfuerzo y ayudándose con las manos. Sin embargo, no consentía que nadie la reemplazara en sus faenas, ¡vaya! —decía—¿acaso soy tan vieja que ya no pueda moverme?— y seguía trabajando, obstinada,

llena de abnegación, convencida de que había que ser útil hasta el fin. Nadie la habría hecho variar de opinion. Llegó un día, sin embargo, en el que ya no pudo más; la tos le desgarraba el pecho. Fué preciso enviarla al campo, á pesar de sus protestas, de sus lágrimas. Allí podría reponer su salud. El aire puro, balsámico; los paseos por la mañana bajo la sombra de los árboles, de los que se vuelve con buen apetito y con las mejillas frescas, las habitaciones ventiladas; una vida tranquila, todo eso le haría mucho bien, y marchó; por fin, resignada.

Allí, en aquel rincón verde, embalsamado por el aroma de las flores, vivió algunos meses; pero el sueño fué en aumento, conquistándola día á día; ya era una especie de letargo que sólo á intervalos interrumpía la vida; una somnolencia que se infiltraba en sus venas haciendo dormir su sangre; la aproximación de la muerte, lenta, tranquila, tal como, había sido su vida.

Era el verano; y en aquel pedazo de tierra, fecundado por un sol ardiente, crecían las plantas vigorosas, llenas de sávia. En el fondo del jardín, cerca de un senador medio oculto entre la espesura de las enredaderas, había formado Mariana una calle de claveles, sembrados por ella misma en grandes cajones pintados de verde. Allí se marchaba todas las mañanas, arrastrando su pobre cuerpo aniquilado y febril por entre la exuberante vida de las plantas; y oprimíase el corazón al contemplar á aquel ser

que concluía, mientras que todo germinaba y vivía á su alrededor. Sentada sobre algun banco, cabeceaba durante horas enteras, sumida en un sopor de fiebre, doloroso, contemplando entre sueños la eterna verdura de las hojas que la rodeaba y que el viento mecía con murmullos llenos de frescura; los ramilletes de flores que se erguían lozanas, brillantes y que tomaban en su imaginación calenturienta formas extrañas: de rostros sonrientes, felices, que le brindaban la vida; mientras que en su memoria surgían recuerdos lejanos, casi borrados, de su juventud, que venían envueltos en el color de la tarde, en el aroma de las flores, en los horizontes claros del campo; y que aparecían ahora, precisos, luminosos, como una despedida cariñosa de todo lo que ella había amado.

Los domingos por la mañana, cuando íbamos á visitarla, nos esperaba en la puerta, y apenas nos divisaba, doblando la esquina de la callejuela; que gritos delirantes de alegría! ¡cuanto reconocimiento! ¡cuanta gratitud por haberla ido á ver! ¡los niños! ¡los niñitos! y trataba de correr para abrazarnos, alocada por la alegría -- ¡Dios mio! ¡que buenos! ¡que cariñosos! ¡como se acordaban siempre de la pobre Mariana! -- Y llena de efusión no quería separarse de nosotros. Éramos sus hijos; toda su familia! Al despedirnos, por la tarde, para volver á Lima, se abrazaba á nosotros, llorando, llena de tristes presentimientos: -- Nó; no se vayan: ¡ya no los volveré á ver más! -- Muy conmovidos teníamos que arran-

car nos de sus brazos, prometiendo para tranquilizarla, que iríamos á verla siempre. ¡Pobre Mariana!

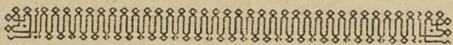
Poco despues, ya no pudo hacer su paseo acostumbrado: de su cuarto al cenador del jardin. A los pocos pasos la fiebre la rendía y se sentaba para dormitar sobre alguna maceta volcada, sobre algun tronco de árbol, envuelta en el baño tibio del sol. A veces, cuando alguna rama rozaba su cuerpo, despertábase sobresaltada, con la frente cubierta de sudor. -- Ya voy, ya voy decía, contestando á aquella idea de los que se sienten morir, de que alguien los llama á su lado, en la sombra. Cuando por la tarde volvía á su cuarto, mas abatida aún por aquel sueño fatigoso, tenía que apoyarse para no caer, en las cañas, donde crecían, arrollándose, los claveles, y caminaba con paso incierto, que la hacía tropezar con todo, como un pájaro sorprendido por la noche.

Una mañana no salió de su cuarto: había muerto la noche anterior, y, en su rostro, apenas cambiado, cubierto con una ligera sombra, un poco mas ahondada aquella expresión de angustia y de fatiga, pero bondadoso siempre, hubiérase creído que era el sueño, mas bien, y no la muerte, lo que le imprimía aquel sello de eterna confianza y resignación. Parecía que iba á abrir los ojos y á preguntar con su voz pausada y cariñosa de siempre, por sus recuerdos, por todo lo que ella había amado.

¡Pobre Mariana! ¡Duerme!
¡Bien necesitabas el descanso!

PEDRO ASTETE.

Lima, Marzo 1894.



Nombres

Oh! pluma pon el nombre, de aquella que amo tanto:
Y al lado pon el mío. La tinta negra está....
¡Qué negros caracteres.... ¡Tan negro es mi destino,
Los nombres me dan miedo. Y oh! ¡Quién los borrará?..

¡Oh nombres tan extraños, hoy lejos en la vida
¡A unir se resisten entre esta bacanal!...
Quizá, quizá, mañana, quizá en la tierra santa,
La suerte hará que se unan en fecho funeral!...

Y los escribo juntos y vuélvense más negros....
Y ya se agota el alma, se enferma el corazón;
Y cada vez aumentan el miedo y los afanes,
Que loco ya me vuelven, al verlos un borrón!....

Los signos se desprenden, en uno y otro nombre:
Se miran espantados, y siempre existen dos....
Y tejo yo sus ramas y nunca las confundo,
Porque uno y otro nombre, se van diciendo adiós!!

FEDERICO LARRAÑAGA.

Lima, 1893.



Preludio gris

A. M. Gutierrez Nájera.

Como reina viuda, su crespón inmenso
La enlutada noche por el cielo extiende;
Y la luna, enferma, tras del velo denso
De pluviales nubes, de la mar asciende.

Sobre la baranda del balcón marmóreo
Reclinado, solc, el poeta medita;
Mientras sus cabellos el viento hiperbóreo
Con sus recias alas sollozando agita.

Su flotante clámide al lejos la bruma
Desenvuelve en vagos, nostálgicos limbos,
Y fosforescente, vibrátil, la espuma
Nimba el oleaje con argenteos nimbos.

Febri! el poeta siente; en la cabeza
De insomne neurosis la caricia cálida,
E imprime en su alma la musa Tristeza
El doliente beso de su boca pálida.

Y sombríos versos su cerebro labra,
Donde las ideas simulan espectros
Que bailasen danza trágica, macabra,
Al compás de extraños y siniestros plectros.

¡Ah la alegre musa de las ilusiones
Que el cerebro enflora con azules sueños!
Ella ya no ritma triunfantes canciones!
Ya no pinta cuadros de tintes risueños!

Ya, oh triste poeta de los versos negros,
Ante los altares del amor no invocas
El bendito beso de dulces alegres
Que unía á dos almas al unir dos bocas!...

La enlutada avanza; y al balcón marmoréo,
Solitario, insomne, el poeta medita;
Mientras sus cabellos el viento hiperbórea
Con sus recias alas sollozando agita.

DARÍO HERRERA.

1894.



Flor enferma.

(Inédito)

A. D. Martínez Luján.

En mi cerebro, que enfiebra el desvelo,
Mis pensamientos entonan su canto:
Arias muy tristes en gamas de llanto,
Versos vestidos con veste de duelo.

Tras un nostálgico, místico, velo
Muestra el recuerdo su faz de quebranto;
Y la tristeza descoge su manto
Hecho de nubes de un fúnebre cielo.

Mientras que lenta desliza su coche,
Por entre el clausto Silencio la noche,
Su óleo á mis nervios el sueño rehusa.

Y cuando el alba sus fiestas empieza,
Ante el altar de mi espíritu reza,
Reza enlutada mi pálida musa!

DARÍO HERRERA.

1894.



Cuento propio

A Clemente Palma

EL picaruelo. Puck ha tenido
conmigo una fea cuestión,
tan fea que ni por..... ¡cá-
lle, diablo!

Mientras leía antes de ayer por la tarde, sentado cerca de la ventana que cae al jardín un diario de la tarde, se me coló en un momento, con rapidez asombrosa, dentro del estudio.—¿Qué creéis? —Eso me gustó á mi. Tras él venía un reguero de perfumes silvestres y deliciosos. El diablillo retozón venía por de vistas primeras, más alegre que nunca. Sentóse junto á mi, en el alfeizar de la ventana y soltando una carcajada y acercando su rostro feo al mio, me dijo:—“¿Sabes amigo? La muchacha aquella, la Elisa que tu dices y que parece no tener otro Lohengrin mas que tu; te falta. Créelo! ¡Por fé de Puck que esto que te digo es tan cierto como cierto es que hoy sea día de San.....! ¡Lo sepa el demonio! Si! La muchacha te falta. Tú lo verás. Hoy que pasaba, caballero andante sobre una nada que yo creía fogozo corcel, me dio la gana de detenerme un momento frente al balcón único de la casa cercana y oculto tras la frondosa reseda, por pura travesura, me puse á espiar al interior del gabinete. ¿Y sabéis lo que ví? A ella, es decir á la Elisa sentada junto á una mesa, con la costura en las manos. A sus piés sentado en un taburete, estaba un muchacho rubio, (que es lo único que tenía de Lohengrin) que recostaba su cabeza en la falda de ella y lo veía apasionado, sonriente!.....!”

—¡Malévolo!—¿Es todo cierto como tú dices?

Y estuve á punto de coger por una pata al maligno hombre y

darle desde lo alto contra la arena de la avenida.

—Es cierto? Repetí.

Tan cierto como esto.....

Dijo y de un salto se puso en pié y se descolgó á una rama de un arbol cercano, como un monstruoso pájaro y se perdió entre las espesas copas. A lo lejos escuché una carcajada diabólica. Era quizá Puck que se entretenía en martirizar á alguna mariposa tomada de sorpresa libando en un clavel ó á un pobre gorrión que intentaba.....!quien sabe qué!.....

El sol daba entonces su último adios á la arboleda.

* * *

Ayer, por la tarde, me encaminé hacia la casa de mi amada que dista de mi *chalet* unas cinco ó seis cuadras, al frente. Llegué y siguiendo el ejemplo de Puck me fuí derecho á ocultarme tras la reseda tupida. Ah! Ya Puck estaba allí en el mismo oficio.

--¿Veis qué no miento?--dijo muy despacio cuando me vió.

En realidad. Todo era cierto.

Por la ventana abierta, oculto tras la enredadera, ví reproduciendo el cuadro que la tarde anterior me hiciera ver Puck Sentada en una mecedora junto á la mesa, mi amada estaba y entonces (¡fatal casualidad!) no tenía entre sus manos la costura, sino la blonda cabeza de un joven bello y desconocido.

¡Todo era cierto!

Sentí horribles sensaciones y luego.....un cosquilleo continuo y punzante en las mejillas, Una carcajada mia se unió á la

risilla diabólica de Puck que veía con curiosidad.--Y no ví más!

Y sabeis?--No he vuelto á ver ni á Puck, ni á mi Elsa, ni al Lohengrin desconocido, Sólo, todas las tardes, siento no sé que vaga tristeza cuando muere el sol y la noche tiende sus sombras, y no sé que alegría cuando la diána de los pájaros anuncia al alba.

Y luego, lector.....Un cigarrillo para consumir, una copita de chartreuse que paladear y un diario que leer. Puck ya no me interrumpe. Dicen que está enamorado y no piensa en nada que no sea cuestión de amor.

ARTURO AMBROGI.

(Conde Paúl)



Anarquismo

A JUAN A. SOLÓRZANO

Para "El Iris"

HAY tiranías horribles, espantosas, pero ninguna como la que ejerce el destino sobre cierta determinada parte de la humanidad. Esta parte la forman los hijos adoptivos de la miseria; aquellos que, sin pan, sin hogar y sin tal vez quien les preste consuelo, vagan macilentos y demacrados entre las sombras de la noche.

La libertad, les debe mucho; y repetidas veces, se ve vagar un espectro, por el lecho de cieno

que dormitan y posarse sobre el estercolero á contemplarlos pensativo: es el Derecho.

Ellos sonríen, puede que sueñen con alcanzar la decantada felicidad. Entonees perdonan á su verdugo, ríen y acarician las doradas cabecitas de sus hijos.

Pero ¡oh desdicha! se va la noche, llevándose entre los pliegues de su manto, todos estos dorados sueños, y da paso al sol que viene á iluminar, las llagas del desnudo cuerpo, á despertar al niño que lloroso, pide pan á la desgraciada madre, que, presa de la mayor angustia, busca la solución de este problema: Dónde lo hallaré?

Es de noche. Paris tiene ya calado su gorro de dormir.

Llueve.

Sólo el ruido del agua, al golpear los cristales de las ventanas, interrumpe aquel lúgubre silencio entre el cual se pierden vagas las notas de una orquesta que se oye allá, en el extremo de aquel *boulevard* de sombras.

Es una fiesta.

Todo es locura, sonrisas, besos, frases amorosas, *síes* pronunciados con timidez, todo se confunde con el crujir de la seda y el eco apagado de aquella orquesta que parece celestial.

Dentro, impera la dicha, la risa, quizás la felicidad.

Fuera, la desgracia, el llanto, el hambre con todos sus rigores.

Dentro, la faz humana ríe.

Fuera, la faz humana que llora.

Qué hacen aquellos infelices á la puerta del festín?

Esperan que concluya, ellos
cargarán los desperdicios.
Triste condición!

* * *

Se oye un ruido sordo, som-
brío; parece marcha de espec-
tros entonando el *Dies Yræ*.

Cada vez se aproxima más, ya
llega.

La orquesta continúa.

Luego se oye esta frase: "mue-
ran los burgueses."

El festín se transforma. Sale
la Alegría y da paso al Pánico.
Todo es confusión, gritos, des-
mayos, ayes de dolor. . . . suena
un gran ruido: es la dinamita, en-
tre su estruendo, se escucha esta
palabra: "Anarquismo."

Al día siguiente la guillotina
corta una cabeza, que, al salir
del cieno, va á caer sobre un le-
cho de flores.

LUÍS LAGOS Y LAGOS.

San Salvador—1894.



Pecadora

Para "El Iris"

En el mismo salón donde está Venns
Y en donde estuvo otra mujer, mi amada,
Diciéndole al recuerdo: "Llama á misa!"
Hice abstracción de la primera mirada,
Del primer beso y la primer sonrisa.

Y á mi cerebro, en caprichosa ronda,
Con vuelo fatigado
Tornaron todas, como á un roto alero,
Las memorias dolientes
De las cosas que he amado.

Hubo entonces en mi espíritu rompientes
De luz de un nuevo día
Junto á la Venus loea
Tuve sueños de nieve;
Y recordando aquellas frentes pálidas
Pensé en los besos frios
Y en las bocas escualidas.

Rumor de un canto tierno
A mi espíritu, en ondas trascendia!
Y la rígida estatua
Mostrándome la capa de Falerno
Y de sus pechos las salientes curvas,
Con sus ojos de piedra me veía,
Y mirándome así, se sonreía.

ADOLFO GARCÍA.

Panamá—Colombia.



Tisíca!

Hondas ojeras de color de lilas
Cercan tus ojos, como fragua, ardientes;
Miras con la atracción de las serpientes
Y hablas con el poder de las sibilas;

Opio es la luz bebida en tus pupilas,
Y en tus formas gallardas y turgentes,
Suspiran las pasiones, cual torrentes,
Bajo palmas lozanas y tranquilas.

Por donde asomas arrogante y casta
Eres, con seno de mujer, un Angel
Que amor en ondas de fragancia vierte.

...¡Ningún mortal para tu dicha basta,
Porque es tu prometido un rubio Arcángel....
...Mañana hay boda en casa de la muerte!

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

UN CUENTO PARA LESBIA

EN su falda color lila, sedosa y
crugiente, vencida, por la fra-
ganciosa pesadumbre de garde-
nias, daturas y camelias deshoja-
das, Lesbia cortesana elegante y
fastuosa, hunde sus finos y nervio-
sos dedos buscando el cuento que
la noche pasada, extendido á su la-
do en la *chaise-longue*, escribí
para ella sobre el mullido res-
paldo.

Y á sus perfumosos pies que
calzan exornadas babuchas de
corte oriental, en actitud galante
y rendida, permanezco yo, mi ju-

venil rostro reclinando en el tibio y sensual regazo, mientras de sus amplias y trastornadoras pupilas de hetaira romana bajaba hasta las mias insaciables de hermosura al través de sus rútilas pestañas de prolongamiento ideal, su mirada incitante, prometedora... !

Cerca de nosotros el chinero de bruna laca decorado con argenteos enjambres de cigüeñas revoloteando entre dorados lotes, sustenta la pequeña bandeja de metal oxidado. Sobre ella arrojan sus prolongadas sombras sangrientas, las talladas copas plenas de vino.

Por fin descubre, oculto pudorosamente en el amarfilado caliz de una gardenia, un papelito artísticamente plegado. Y erguido entre sus róseos y triunfales dedos, su satinada blancura emerge claridades de nieve.

Lesbia sonriente lee mi cuento. Y cuando concluye, radiante de alegría, me tiende ansiosa sus amorosos brazos de Venus Anadyomena.....!

JOSÉ ANTONIO ROMÁN

Lima—1894.



“*Lourdes*”

EXTRACTO DE LA NOVELA DE ZOLÁ

(Véase el número anterior de EL IRIS.)



A gracia de la fe ha vuelto á iluminar el alma angelical de María de Guersaint. La bella paralítica cree ahora que ha de sanar mediante un milagro de la Virgen. Está de ello cierta;

como quiera que se lo ha prometido la misma Reina de los Cielos, á quien ha visto y oído en su extático sueño. A fuerzas de instancias y ruegos, consigue que la permitan pasar la noche en la gruta, y allá le conducen en su féretro rodante Monsieur de Guersaint y el abate Pierre, atravesando con gran dificultad las muchedumbres que se agrupan para la procesión nocturna.

Zolá describe admirablemente la procesión, con sus treinta mil antorchas formando figuras diversas sobre el fondo oscuro de la noche: ora son zigzags de luz como los traza el rayo en las nubes tenebrosas; ora serpentean como enorme culebra ígnea; unas veces desaparecen para brillar de nuevo, como si una inagotable fuente celeste hubiese estallado con aquel áureo líquido de fuego. A proporción que los peregrinos suben las grandes rampas de la catedral, va dibujándose con luceros la majestuosa arquitectura; y por último María de Guersaint, su padre y el joven abate contemplan desde una colina aquel firmamento volcado, aquel cielo terrestre tachonado por treinta mil estrellas. La pintura de estas escenas de la iluminación es una obra maestra en que se ve al gran naturalista poseído del vértigo poético, arrebatada su poderosa pluma por el soplo de la fantasía y del lirismo; conservando sin embargo toda su pujante fuerza pictórica.

El espectáculo es grandioso. En medio de aquel firmamento, cuyos luminare se agitan en oleajes deslumbrantes, óyense los

himnos sacros cantados por un coro de treinta mil voces, y míanse ondear los estandartes y pendones recamados de oro. Aquellos cantos sobrecogían los sentidos de la piadosa multitud, y poco á poco la iban sumiendo en una especie de ensueño en que entreveía una plena visión del Paraíso.

Penosamente logran Pierre y Monsieur de Guersaint llevar á María hasta la gruta, en donde la joven pasa la noche contemplando en mudo éxtasis la dulce imágen de la Vírgen.

Entre tanto Pierre, conducido por el Barón Suire, director de la Hospitalidad de Nuestra Señora de la Salvación, visita la gruta. El Barón le explica cada detalle del santuario, inclusive el curioso buzón en donde se reciben las cartas que las gentes candorosas dirigen á la Vírgen de Lourdes pidiéndole su gracia, y veces remitiéndole donativos. Alguna de esas cartas contienen el sello de correo con que ha de franquear la Virgen su contestación; y en ocasiones los que escriben lo hacen en términos poco corteses, pidiendo con agrias razones el bien que á su parecer les niega la divina Señora.

De allí pasa Pierre al cobertizo en donde se amontonan los peregrinos á pasar la noche. Zolá nos hace ver en este recinto cuadros interesantes de realismo. Aquello es un hacinamiento, una confusión de cuerpos y de sexos, los unos rendidos en los bancos, los más echados en el suelo. Una joven estaba medio atravesada sobre un viejo cura de aldea,—

casi sonreído en su tranquilo é infantil sueño.—Allí se encuentra el joven abate con Madame Vincent, que en sus brazos lleva á su hija pequeñita moribunda. La pobre madre atruena el aire con sus ruegos á la Virgen, más todo en vano. La niña muere esa misma noche.

Por algún tiempo ha estado lloviendo, y al cesar la lluvia, Pierre advierte que la fuente de la gruta había desbordado por los intersticios y el agua le mojaba los piés; lo cual le hizo pensar “que esa fuente, á pesar de ser milagrosa, estaba sujeta á las mismas leyes que las otras fuentes.” Pierre vuelve á encontrar á su viejo amigo el doctor Cassaine, quien le refiere todos los sufrimientos que martirizan á la pobre Bernadette hasta su retiro á un convento en Nevers, y las intrigas de que fué víctima el excelente y piadoso abate Peyramale, el Vicario de Lourdes, supeditado y sustituido al fin por el ambicioso é ingrato Padre Sempé. Semejantes miserias humanas, mezcladas al divino asunto que en Lourdes se veneraba, llenaron el alma de Pierre con nevassombras. Por donde quiera que buscaba encender su conciencia con la llama de la fé, le salían al encuentro un motivo de desaliento y un dragón de duda!

¡Qué contraste con María, que después de su velada en la gruta parecía resplandecer, en confianza en la misericordia del cielo! “A las cuatro de la tarde, durante la procesion del Sacramento, decía ella con una certidumbre que á todos los sorprendía, seré

curada. Me lo ha prometido la Santísima Virgen, y así ha de suceder.”

En el lecho vecino agonizaba Madame Vetu; y en un rincón de la sala jugaba ruidosamente con una muñeca de trapos Sophie Couteau, la chiquilla que había sido curada milagrosamente el año anterior, y á quien la Hermana Hyacinthe hacía callar. La chica consintió en interrumpir sus pláticas con la muñeca, con la esperanza de que en cuanto muriese Madame Vetu la dejarían reír y hablar á su gusto. Al fin Madame Vetu, después de una abundante hemorragia, murmuró con inmensa desolación:— ¡Ella no me ha curado!—Y tranquilamente expiró.

El tropel de gente que ese día acudió á la gruta fué extraordinario y tremendo, y á pesar de las precauciones tomadas por los Padres, ocurrieron lamentables accidentes. Veinte mil peregrinos allí congregados para hacer la última apelación á la misericordia divina, se empujaban, se atropellaban, se oprimían por acercarse más y más á la gruta. Los enfermos y los inválidos llegaron á estar á punto de perecer aplastados por aquella avalancha de piedad.

Aquí Zolá hace una enumeración horrenda de las diferentes enfermedades que afligían á los infelices ansiosos de salud por la intervención del milagro. Entre ellos está el Hermano Isidoro, el pobre misionero, que parece ya un cadáver. Nada se veía fuera de sus hábitos, sino las manos entrelazadas y la cara cercada

por largos y negros cabellos; pero sí las manos blancas como la cera parecían ya muertas, si en la estirada y triste cara no se movía ya una sola facción, los ojos estaban todavía vivos; aquellos ojos de inextinguible amor, cuyo fuego era suficiente para iluminar su rostro de moribundo, como el de Cristo en su agonía de la cruz. Nunca se vió tan grande contraste como entre aquella frente de rudo paisano, aquella estúpida fisonomía sin expresión, y el esplendor que ahora despedía aquella máscara humana, devastada, santificada por el sufrimiento, sublimada en su última hora por la agonizante llama de su fé. La carne había sido aniquilada, y nada quedaba en aquel momento sino una mirada, una luz trascendente. Desde que le pusieron allí, el Hermano Isidoro no volvió á quitar sus ojos de la imagen de la Virgen. Para él no existía otra cosa á su derredor. No veía la enorme multitud, no oía siquiera los clamores de los sacerdotes desde el púlpito, exaltando la fé del pueblo. Sus ojos solamente vivían, y ellos estaban fijos en la Virgen, para no quitarlos jamás de allí, en un último deseo de desaparecer, de ser absorbido por ella. Su boca se abrió por un instante, y una expresión de celestial felicidad le cubrió el rostro. No volvió á moverse. Sus ojos permanecieron abiertos, mirando obstinadamente á la estatua.

El espectáculo de aquel muerto que parecía continuar adorando y creyendo, conmovía y edificaba.

A las tres de la tarde comienza la procesión del Santísimo Sacramento. El abate Pierre que lleva hacia la gruta á María de Guersaint en su carrito de inválido, tiene que sostener penosa lucha para atravesar la espesa multitud. Es la hora de los más grandes milagros, y todo el mundo quiere presenciarlos acercándose lo más posible á los enfermos. Al cabo, mediante esfuerzos inauditos y de súplicas para que le abran paso á la joven paralítica, logra llegar al espacio reservado á los pacientes. Allí María de Guersaint echa de menos á su padre, que desde la mañana salió en una expedición por los alrededores de Lourdes, y lamenta ella que no esté presente para gozar de la dicha inefable de verla curada. Los sacerdotes predicán con creciente exaltación; los peregrinos entonan cánticos y rezan letanías, el aire se llena de ecos de amor divino, de dolor humano, de sublimes acentos que suben al cielo.

Súbito una mujer paralítica camina por sus propios piés hacia la gruta agitando en alto sus muletas ya inútiles. Estrepitosas aclaciones acogen ese patente prodigio. Luego otra mujer que recobra el uso del oído, un mudo que habla, un tísico desahuciado que sana. La multitud exaltada va repitiendo con exageraciones insensatas cada caso; y cada vez son más fervorosas las voces que imploran al Señor con el solemne grito de:—¡Oh Salvador! sana á nuestros enfermos!

Pierre libra con su increduli-

lidad una batalla decisiva. Quiere creer, pide á Dios le inunde con la fé, y por momentos parece poseído de ella; pero la duda aparece en él más pertinaz que nunca.

“¿No será que esa gran multitud se convierte en un sólo ser capaz de multiplicar en sí mismo el poder de la auto-sugestión y que este poder sea lo que realiza aquellos prodigios, convirtiéndose en una fuerza soberana capaz de hacer obedecer á la materia? Así podría explicarse el que las súbitas curaciones tienen lugar en pleno medio de la muchedumbre y en las personas más sinceramente exaltadas. Todas las respiraciones están unidas en una, y el poder que las mueve es el poder del consuelo, de la esperanza y de la vida.”

En ese momento Pierre recuerda que un primo de María de Guersaint, había sido de opinión de que la joven paralítica se curaría por un choque de suprema alegría; si bien los otros médicos daban por desesperado el caso. Este recuerdo importuno, le prepara á ver como natural que María recobre la salud, si es que en ella se llega á operar tal suceso en aquella solemne ocasión. Absorto en tales ideas, vuelve los ojos hacia María, que permanece todavía casi estática esperando el cumplimiento de la promesa de la Virgen, y se siente el joven abate avergonzado de sus pensamientos. Entonces le parece imposible que los miembros muertos de María vuelvan á sostenerla; y en el caos de dudas en que torna á caer su dolorido corazón exclam-

ma junto con los veinte mil creyentes:—¡Salvador, hijo de David, cura á nuestros enfermos!

La procesión se iba acercando al sitio reservado á los inválidos frente á la gruta. El Padre Judaima llevaba en sus manos al Santísimo Sacramento, que brillaba con los rayos del sol. En ese momento la exaltación de la multitud llegaba á su máximo grado. Todas las voces se confundían; un vértigo se llevaba todos los deseos. Los gritos, las preces, los clamores, se perdían en el inmenso ruido. Miseros cuerpos eran suspendidos de sus jergones, temblorosos brazos se alzaban, y manos extendidas y nerviosas parecían querer atrapar el milagro cuando por allí pasase:—“¡Jesús; sálvanos porque perecemos!”—“¡Jesús, á los que te adoramos, cúranos!”—“¡Jesús, tu eres Cristo, el hijo de Dios vivo!” Tres veces las desesperantes voces pronunciaron la suprema lamentación con un acento que atravesaba el mismo cielo y torrentes de lágrimas inundaban los rostros transfigurados por el anhelo de salvación. Justamente en lo más culminante de la santa exaltación, en medio de las súplicas y suspiros, como cuando durante una tempestad se abren los cielos y el rayo descende, comenzaron los milagros. Un parálítico se levantó y arrojó al suelo sus muletas. Oyóse un penetrante grito. Una mujer apareció de pié en su jergón, envuelta en una sábana blanca á manera de mortaja, y se dijo era una tísica sanada. De tiempo en tiempo la gra-

cia se mostraba en otros pacientes. Una ciega vió distintamente la gruta, como si fuese una llama; una sordo-muda cayó de rodillas rogando á la Virgen en alta y clara voz, y todo el mundo se postró á los piés de Nuestra Señora de Lourdes, sobreco-gidos de de alegría y gratitud.”

“Pierre no había quitado la vista de María de Guersaint, y lo que él vió le llenó de ternura. Los ojos de la inválida, todavía abiertos, se habían hecho aún más hermosos, en tanto que su pobre pálida cara se había contraído como si ella padeciere horriblemente. Acaso pensaba con desesperación, que su enfermedad le volvía para siempre. De repente, al pasar por delante de ella el Santísimo Sacramento, y al ver su áureo esplendor en plena claridad del sol, se sintió deslumbrada, y se creyó herida por un rayo. Sus ojos brillaron de nuevo, llenos de vida, fulgentes como dos estrellas. Su semblante, bajo su renovado vigor, se animó y radió, sonriendo con el aspecto de la felicidad y de la salud. Pierre la vió levantarse súbitamente, ponerse de pié vacilante, sin poder murmurar sino estas solas dulces palabras:—“¡Oh, mi querido amigo!”

“Pierre se aproximó aceleradamente para sostenerla, pero ella le apartó con un gesto y se sostuvo por sí misma, tan bella, tan sentimental, con su vestido negro, con las zapatillas que de ordinario calzaba; alta y delgada, circuida como por un nimbo formado por sus preciosos cabellos rubios que apenas cubría una

tirilla de encaje. Su virgen cuerpo sufría terribles choques, como si una poderosa fermentación lo hubiese regenerado. Primeramente las piernas fueron libertadas de aquellas opresivas cadenas que las ceñían; luego, al sentir que la sangre le discurría por todo su cuerpo, la agonía final apareció, subiéndole un gran peso á la garganta. En esta vez, sin embargo, no se detuvo allí, ni la ahogó, sino que brotó de su boca y partió en un grito de sublime alegría:

—“Estoy curada! ¡Estoy! curada!”

Pierre se deshizo en lágrimas. La multitud prorrumpió en un aplauso furioso é infinito, que corrió como un trueno de un extremo á otro de la villa.

El Padre Fourcade agitó sus brazos, y finalmente desde el púlpito el Padre Massias se hizo oír exclamando:—“Dios no ha visitado, mis queridos hermanos, hermanas amadas mías. *Magnificat anima mea Dominum,*”

María de Guersaint arrastrando por sí misma su pequeño carro se incorpora á la procesión hasta la catedral, siendo objeto de felicitaciones y hasta de veneración. Pierre se ve en el caso de certificar en la oficina respectiva, el prodigio operado en María; cuando la verdad es que él no cree en tal prodigio, sino que en aquella sorprendente curación mira él el cumplimiento del vaticinio hecho por el médico, primo de María. Su descreimiento, cada vez más grande, y otro sentimiento, aún más doloroso, le llenan de congojas y de

desesperación. María, inválida incurable, era perdida para el mundo. Era suya, nada más que suya, porque su amor era un culto piadoso y casto. Ahora, aquella ruina física, de aquella alma angelical, surgía la mujer, con todos sus atractivos y todas sus pasiones. Y él no podía pertenecerle de ningún modo; ni siquiera abjurando su carrera sacerdotal, porque la criatura salvada por un milagro de la divinidad, no consentiría jamás en unirse á un desertor de las milicias del Señor.

Podía desengañar á María, recordándole que su primo había predicho el modo súbito de su curación por medio de un gran sacudimiento moral; podía demostrarle que su enfermedad había tenido conexiones nerviosas; podía echar abajo todo el aparato milagroso de aquel fenómeno; pero eso sería destruir la celestial alegría de aquella inocente joven; sería ofender irreverentemente la sublime fe que la hacía tan dichosa.

Y para esto no se sentía con salvaje valor. Pierre se va á la cripta de la basílica, y allí, solo, arrodillado y sombrío se entrega á los combates de su ciencia, agravados ahora con los tormentos de su corazón. Allá arriba, en la gran nave de la catedral, en medio de los cánticos de la fé y la esperanza, está María feliz con su milagro de vida, Acá, en la sombra y soledad de la cripta, está el joven abate, en quien se ha operado un milagro mortal con la resurrección de su amor.

Místicas.

(A Dario Herrera.)

Como gotas de fuego esparramadas,
en curvas y espirales caprichosas
los cirios brillan, y las castas diosas
yerguen sus nimbos de oro, endomingadas.

Sube el incienso en nébulas combadas
al Cristo de miradas bondadosas,
y bajo de sus barbas primorosas
hay besos y sonrisas sepultadas.....

Surge de pronto la canción del coro,
y descienden las santas melopeas
como una lluvia armónica de oro

y al fecundar mi corazón perdido
del pantano letal de mis ideas
el árbol de la fé brota florido!.....

CLEMENTE PALMA.

Lima, 1894.

Acuarela.

(A mi maestro el señor Ricardo Palma.)

Lejos: una montaña
Azul como el zafiro,
Y de atrevida altura,
Variada grieta y caprichoso risco.

En seguida: un desierto
De arenisca y traquito,
Donde el cactus se enflora
El sol abrasa y entumece el frío.

Después: una quebrada
De corte profundísimo,
Y en ella, sobre guijas,
Las claras ondas del bullente líquido.

Luego un valle espacioso,
Donde perfuma el lirio,
Y se abren los capullos,
Y revuelan los pétalos caídos;

Donde mecen sus copas,
A los vientos undivagos,
El nogal y la acacia,
El ciprés y los álamos sombríos;

Donde la parra trepa
Colgando sus racimos,
Blanquean los barbechos,
Las mies colora y espiguela el trigo;

Donde el verde ramaje
Se mueve con los nidos,
Arrulla la paloma
Y seduce la lira de los mirlos;

Donde el azur es pórtico
De entrada al infinito,
Y el rayo serpentea,
Y el trueno zumba con fragor horrisono;

Donde respira un pueblo
De corazón altivo,
Serenos en la contienda
Y rudo gladiador de los conflictos;

Y donde todo es bello,
Y, como bello, artístico.
¡Oh cuna de mis padres,

Cuna que guardas mis afectos íntimos!
SIXTO MORALES

Arequipa—1894.

La Alondra.

(A ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.)

—No te vayas, Romeo, todavía.....—
La Julieta murmúrame amorosa;
Y une al dulce reclamo otra ternura:
—No es la alondra....

Yo bien sé, niña, cuándo el sol es cumbre,
Cuando la luz es triunfo. Hijo de Aurora
Bien sé las sinfonías del Oriente....
—No es la alondra....

Yo he visitado los celestes nidos,
Y he pulsado los arpas luminosas,
Y he violado el horóscopo del sueño....
—No es la alondra....

Yo he visto, frente á frente, al astro rubio,
Y he vertido mis cantos nota á nota,
Y he recorrido palmo á palmo el cielo....
—No es la alondra....

Yo me he postrado en el Altar Enorme,
Y comulgado la divina hostia,
Y bajo la patena he puesto el alma....
—No es la alondra....

Yo he arrancado del huevo la avecilla,
De la cáscara vil la almendra hermosa,
De la palabra tibia la áurea idea....
—No es la alondra....

Y yo he lanzado, en fin vocablos libres
Sobre las turbas, de cantar yá roneas,
Que iban en pos de los ideales niños
Y las vírgenes ansias, afanosas,

Con todas las banderas desplegadas
En la conquista de la Eterna Aurora....
—Véte, Romeo; es tiempo todavía.
Sí es la alondra!....

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima, 1894.

Allegro

Para un artista.

La reina nerviosa Harmonía
Premiada en los campos de Delfos,

Porque el Ritmo sus cantos te envía,
Llora de celos...

Hyméria, la diosa coqueta,
La hija de un Rey argonauta;
al sentir la canción del poeta,
Tiembra y no canta...

Eurídice, la dama Aurora,
Que espanta la alondra en su sueño:
Por tus gracias de artista amadora,
Riñó á su Orfeo!...

FEDERICO LARRAÑAGA.

Lima de 1894.



Bibliografía y notas.

BESOS.

Nuestro buen amigo Sixto Morales — poeta de la generación nueva — ha escrito un poema del que debe estar satisfecho, pues, el viene afianzar en el concepto de aquellos que no ven en la poesía un entretenimiento soso como el descifrar charadas ó jugar al tejo sino algo revelador de la cultura y las evoluciones del espíritu, viene á afianzar, repetimos, el convencimiento de que Sixto Morales es un joven escritor en el que las cualidades de artista abundan y en el que los defectos son de fácil extirpación. BESOS es un poemita que revela espíritu de observación al paso que timidez. La silueta del naturalismo ha pasado encubierta tapando sus desnudeces por la mente del autor. De allí que haya escogido como argumento del poema el idilio campestre, el amor sin idealismos ni fantasmagorías psíquicas, de dos muchachos rudos é ignorantes amor que en un principio es la atracción inconsciente; de los sexos, los besos

dados furtivamente entre los trigos y detras de las tapias por el muchacho á su amiguita no son sino heraldos de besos más trascendentes, de esos que encienden y erizan la piel con estremecimientos de deseos vedados por la moral pero ordenados por la naturaleza. Llega la pubertad, esa edad en que el simbólico arbol paradisiaco fructifica en la imaginación y en los nervios de la doncella, y con más razón en la vírgen campesina; y entonces los jóvenes de BESOS se dan el ósculo temido, el osculo completo en que las materias y los espíritus se besan con el beso sano y fecundante que resuena en el mundo desde el día de la creación....Aquí se detiene Sixto Morales prudentemente, pero y este el defecto único que encontramos á su poema, el idilio está incompleto, está truncado. El poema del amor termina cuando debía comenzar, Morales ha historiado los besos mecánicos é inconscientes de la niñez y la adolescencia, pero los besos verdaderamente significativos le asustaron. El poeta desconfió de sus fuerzas y tuvo miedo de caer en las exageraciones y rudezas del naturalismo. Creemos que ha podido continuar su poema sin tocar en la obsenidad ni en las descripciones de voluptuosidad morbosa; no son enemigos irreconciliables el realismo y la cultura, la reconciliación está en el modo como se considera al realismo; no es posible por ejemplo con ese infame y corruptor realismo de las novelillas del Demi-monde y romances de Paul de Kock cuyo objeto es hacer

la descripción halagadora de los vicios. Pero Sixto ha podido ser culto obedeciendo á las tendencias artísticas, muy legítimas por cierto, del realismo moderno, tendencias que se esbozan en algunas partes del poemita y que han podido continuar.

A Nicanor Bolet Peraza está dedicado BESOS. El ilustre escritor venezolano, no dudamos, habrá quedado complacido del poema. Bolet Peraza es acreedor al agradecimiento de la juventud literaria de América, á la que dispensa tantas muestras de simpatía. Puede decirse que es el único que ha comprendido ampliamente, entre los viejos, el espíritu modernista y la índole artística de la generación literaria de las postrimerías del Siglo XIX

Enviamos un sincero apretón de manos á Sixto Morales.

EL EGOISMO BASE DE LA SOCIEDAD.

Momentos gratos debemos al señor Dr. Pedro Cesar Domínici que nos ha remitido una magnífica tésis de que es autor "El egoismo es la base de la sociedad." Sin paliativos ni timideces el Dr. Dominici penetra francamente, á través de las edades muertas, hasta el hombre prehistórico, al que encuentra rudo y sanguinario como una fiera, luchando con la naturaleza para arrancarle, con los puños primero y con el hacha después, la savia de su propia vida. El hombre solitario ó con familia allí en lo profundo de la oscura caverna con los ojos encandilados, acecha á la bestia feroz para matarla y devorarla, con su hembra y sus

pequeños—Se encuentran las dos bestias y luchan — generalmente triunfa la humana porque, mejor dotada su inteligencia que la de la fiera sabe aprovechar los elementos inertes que le rodean,— en esa lucha del silex y la garra triunfa la primera. Ambas bestias, la humana y la irracional, defienden ardientemente sus vidas de la garra y del hacha ¿mas por qué se atacan? por que ambas necesitan la carne del otro para vivir y entre la vida agena y la propia, esta es mas valiosa. El mismo instinto es el de la bestia y el del hombre: el amor al pellejo, el egoismo.

La familia brota necesariamente como medio de defensa; porque, si el ataque es múltiple, solo la agrupación y la defensa mútua garantiza la vida. Pero no basta la familia y como el peligro crece y las necesidades crecen también, se agrupan las familias para defenderse y atacar á su vez y así por asimilaciones sucesivas van naciendo los pueblos y la sociedad. Pero no es esto solo; no se forman únicamente por el egoismo las diferentes agrupaciones sino que obedeciendo á ese mismo principio se forman las leyes, y los sentimientos todos se van subordinando á ese imperioso amor á nuestro ser, nuestro egoismo.

El Dr. Domínici hace un paseo triunfal por todas las edades y todas las civilizaciones culminantes y en todas encuentra, como llave de las instituciones, de las leyes y hasta del arte, ese sentimiento del amor propio; la caridad, la filantropía el amor

paternal todos aquellos movimientos tan simpáticos y tan atrayentes no son sino caretas encantadoras de un sentimiento exclusivo y dominante: el egoísmo.

El Dr. Domínici es uno de los escritores de la generación nueva que más disposiciones tiene de crítico y que ya es ventajosamente conocido en América. Le agradecemos su obsequio y ponemos las columnas del IRIS á sus órdenes.

* * *

Durante este mes nos han visitado los siguientes periódicos á los cuales corresponde el N.º 5 del *Iris*, cordialmente la visita; *Cosmópolis*, *Las Tres Americas*, *Habana Elegante*, *La Familia*, *Revista Gris*, *Revista Azul*, *Ciencias y Letras*, *Miniaturas*, *Armonia Literaria*, *La Semana Literaria*, *El Pensamiento*, *La Razón*, *La Idea*, *La Concordia*, *La Abeja Escolar*, *La Revista Quincenal*, *La Revista de Instrucción Pública*, *La Prensa Libre*, *El Español*, *El Monitor de Educaci6n Común*, *El Duen-de*, *El Lápiz*, *La Alborada*, *La Nube*, *La lucha*, *La Prensa libre*, *El Anotador*, *Ciencias y Letras*.

* * *

Advertimos con tiempo á nuestros suscritores que esta revista subirá el precio de la suscripción trimestral á un sol, pues nos proponemos hacer algunas mejoras en ella desde el mes de Enero. Asimismo avisamos que nuestro próximo número corresponderá á los meses de Noviembre y Diciembre con el cual terminará el tomo II del IRIS y el trimestre actual. Hacemos esto con el fin

de comenzar con el año 1895 el tomo III.

VALBUENISMOS Y VALBUENADAS.

En Buenos Aires ha publicado el señor Abel de Sorrialto (no sé si será seudónimo) una contra-crítica ingeniosa de los RIPIOS ULTRAMARINOS del malévolo crítico español Valbuena, á quien se ha dado en llamar crítico por autonomasía, pues, ajustando las cuentas á dicho señor queda reducido á simple libelista literario, lo que dista mucho del noble y circumspecto papel de crítico. LOS RIPIOS ULTRAMARINOS tanto en el 1.º monton como en el 2.º acusan en su autor una ignorancia espantosa de literatura española y americana. Así, con la mayor desfachatez, crítica Valbuena americanismos que no comprende y cuyo significado ignora, como si en América se escribieran versos exclusivamente para él. No es esto solo: en el primer monton nos encontramos con que Valbuena se ensaña y dice lindezas á un señor Velarde, pero resulta que el tal señor Velarde es nada menos que un poeta español que ejerció gran influencia literaria en América, allá por los años de 1850, y que el crítico que se había propuesto vapulear americanos golpea, sin saberlo, en las espaldas de un paisano suyo.

No negaremos que tienen alguna gracia los chistes con que siembran Valbuena sus críticas ...si, tienen el chiste de la burla desvergonzada, el chiste populachero y vulgar que consiste en hacer anagramas burlescos, equívocos, asociaciones de ideas mas

ó menos ingeniosas; todo esto sugerido por una bilis revuelta, un carácter atrabiliario y una intransigencia religiosa que es mas que fanatismo.

El señor Valbuena es un hombre erudito y hartó se echa de ver su erudición en su crítica hija del despecho pero, católico arisco por histerismo, procura escupir toda la bilis que le ahoga á la faz de los que no les son simpáticos á causa de diferir en cuestiones de fé. Si Valbuena hubiera sido Carlos IX hubiera decretado mil noches de San Bartolomé para estirpar luteranos, y si hubiera sido Domingo de Guzmán, el santo sanguinario, no solo habría matado con su mano á los albigenses sino que se los habría comido. Estos arrebatos de cristianismo, estas intransigencias exaltadas de su fé le hacen el hombre menos apto para crítico.

El procedimiento que emplea Valbuena no es sino el empirismo literario ó sea la sujeción á la retórica añeja y superficial que no vé en la palabra más allá de su significado seco. El método de Hermosilla, indudablemente, es el más torpe de los sistemas críticos y esa torpeza trata de

salvarla Valbuena con el chiste y la burla que hace de los que amarra á la picota de su humorismo vulgar y chicanero. El señor Solrialto en su oportuno folleto aplica el sistema de Valbuena, mixto de Hermosilla y Arlequín, á la conocidísima oda de Fray Luis de León: *Que descansada vida*, y prueba que esta oda es un farrago de ambigüedades, prosaismos, asonancias indebidas y de cuanta falta puede acometerse en este sentido. Y lo mismo puede probarse de todas las poesías buenas que se han escrito en España y América, incluso las de Heredia, de quien dice Valbuena que es el único poeta que ha producido el Nuevo Mundo. Felizmente Valbuena con sus críticas está hartamente desprestigiado en América y en su tierra. Valbuena dista de ser crítico lo que dista el clown del actor.

En el templo severo de la crítica española Menendez y Pelayo es el sacerdote; Clarin, el sacristan y Valbuena . . . Valbuena es un pilluelo que se roba la cera de los cirios para hacer con sus manos desvergonzadas figurillas indecentes.

— FOLLETTIN —

LA NOVELA MODERNA

(Conclusión.)

Como poeta posee todos los dones imaginativos que infunden vida y calor á las ideas; posee la mirada del filósofo que adivina los sucesos y predice los acontecimientos, para armonizarlos con la acción de sus creaciones.

Víctor Hugo juzgando á este novelista dice: "Walter Scott ha bebido en los manantiales de la naturaleza y la verdad, un género desconocido, que es nuevo, porque puede hacerse tan antiguo como se desee."

En otro lugar dice: "Tras la novela pintoresca, pero prosáica de Walter Scott, falta crear otra clase de novela, más bella y más completa, según nuestra opinión. La novela que sea á la vez drama y epopeya, pintoresca pero poética, real pero ideal, verdadera pero grandiosa; la novela que engasta á Walter Scott en Homero.

Hoy nosotros, con nuestro espíritu analítico y positivista, necesitamos la novela que engaste á Walter Scott en Emilio Zola.

Antitéticos el uno del otro, pero simbólicos y magníficos, pues que, el uno representa la grandeza del corazón humano, el otro la miseria del cuerpo humano; el uno ha penetrado en los abismos de la historia, y con el galvanismo de su genio, ha dado vida y resucitado pasiones y afectos propios del hombre; el otro ha penetrado en los abismos de la tierra, allá en los antros tenebrosos de las minas, ó en las tabernas y cloacas de la gran metrópoli, para enseñarnos á esos seres abyectos y desgraciados, que viven la vida de la *bestia humana*.

Y cuando la fusión sublime de Zola y Walter Scott, se haya realizado; entonces los hijos anémicos nacidos en los viveros del arte romántico, como también los monstruos acéfalos nacidos bajo el frío glacial del pesimismo naturalista, caerán en los osarios de la historia, para no volverse á levantarse jamás.

Y Walter Scott y Zola simbolizando el uno al ser moral, y el otro al ser material, completarán el arte realista, iniciado ya por grandes Maestros entre los que se encuentra Daudet en primer término.

XII.

Hay un escritor con el cual la crítica de su país, y aun la extranjera ha sido injusta, desconociendo la verdadera tendencia de sus obras, y la escuela que con ellas se iniciaba; este es Paul de Kock. La forma picaresca un tanto ligera, y desprovista de todos los artificios del arte, ha oscurecido el fondo ingenuamente natural y hasta cierto punto filosófico de sus obras.

Paul de Kock antes que Flaubert y Zola, estudió como filósofo la vida de todos sus pequeños incidentes y detalles, y pintó la *verdad real* con toques y pinceladas, que hoy pueden envidiar muchos naturalistas.

Fué naturalista inconsciente, y esta fué la causa de la ninguna importancia que él dió á sus obras.

Quizá carecía del talento descriptivo, que predomina en la escuela naturalista; por eso no fué estilista eximio como Flaubert ni colorista como los Goncourt; pero sus personajes hablan y se mueven con la naturalidad que sólo sabe dar el verdadero talento.

Paul de Kock escribía como colegial vivaracho y jovial, cosas que pensaba como hombre serio y observador; con ruido de cascabelles y monadas de bufón, ocultó su espíritu de filósofo y naturalista de buena ley. Paul de Kock es el verdadero precursor de la escuela zolaniana.

Otro tanto podemos decir de Flaubert, naturalismo legítimo y con razón considerado por Zola en el número de sus precursores cofrades.

En desagravio del naturalismo de Flaubert, debemos recordar su indignación al ver que Madame Bovary hacia fortuna entre editores y lectoras; y diz que para verle furioso no había más que aconsejarle escribiera otra novela con el mismo sabor de Madame Bovary; y no solamente no accedió al consejo, sino que hasta pensó retirar el libro de la circulación y no permitir nuevas ediciones; lo cual no pudo realizar, porque de todas sus obras la única que le producía dinero era esta, que él consideraba indigna de ser vendida y leída.

El éxito de Madame Bovary, no sólo fué debido al sabor naturalista y al calor vital si así puede decirse de una obra, sino también al estilo primoroso y magnífico de Flaubert.

Emilia Pardo Bazán, que con tanta erudición ha juzgado á los autores de esa escuela, dice de Flaubert: "El estilo es como largo transparente en cuyo fondo se ve un fondo de aurea y fina arena, ó como lápida de jaspe pulimentado donde no es posible hallar ni leves desigualdades. Jamás decae: jamás se hincha ni le falta ni le sobra requisito alguno; no hay neologismos ni arcaísmos, ni giros rebuscados ni frases galanas y artificiosas; menos aun desaliño ó esa vaguedad en las expresiones que suelen llamarse fluidez. Es un estilo cabal, conciso, sin pobreza, correcto sin frialdad, intachable sin purismo, irónico y natural á un tiempo, y en suma trabajado con tal valentía y limpieza que será clásico en breve si no lo es ya."

Dicho sea en puridad, parece que esta elocuente descripción, la hubiera hecho la escritora española, refiriéndose á su propio estilo mejor que al de Flaubert."

XIII.

Cuando Víctor Hugo en su prólogo de *Cronwell*, que fué el nuevo código dictado á la escuela romántica, dijo "Tratamos de probar que de la fecunda unión del tipo grotesco con el sublime, nace el genio moderno tan complejo, tan variado en sus formas, tan inagotable en sus creaciones; enteramente opuesto en esto á la uniforme

sencillez del genio antiguo, y de probar que de este hecho necesario, debemos partir para establecer la diferencia radical y real que existe entre las dos literaturas"; cuando escribió estas palabras, abrió horizontes nuevos y magníficos, y encaminó el pensamiento hacia donde encontrará su ideal el arte moderno.

Y ya que he hablado de Víctor Hugo, debo hacer una salvedad necesaria: Al censurar los vicios y exageraciones del romanticismo, no les he personificado en Víctor Hugo á pesar de ser él el maestro de esta escuela.

Para nosotros los adoradores del grande poeta, él se encuentra muy por encima de todos los pecados de esa escuela, como se encuentra San Pablo por encima de todas las heregías y abusos de la iglesia que el fundara.

Víctor Hugo ha sido un centro, ó más bién un sol alrededor del cual, naturalistas y románticos, idealistas y realistas, todos han girado, recibiendo más ó menos luz. más ó menos calor, según se alejaron ó acercaron á él.

«Todas las literaturas del mundo le deben algo á Víctor Hugo» ha dicho, con gran verdad, el gran publicista italiano d'Amicis.

Hasta el realismo, esencialmente antagónico del romanticismo, podría también invocar á Víctor Hugo, como á su iniciador ó creador.

Nadie antes, había dicho como él; —“Genios enseñádmme las plantas de los pies, para que vea que tenéis como yo, el polvo de la tierra.

Y en otro lugar: “Sed pintores fieles de la naturaleza y de los caracteres, y no copistas viles de la historia; para mí es preferible en el teatro, que los hombres sean verdaderos á que lo sean los hechos.”

Victor Hugo más que una escuela personifica toda una época, casi un siglo.

Desde Homero hasta Víctor Hugo, hay una luminosa estela que, en las alturas del genio, marca la ruta seguida por el espíritu humano.

El romanticismo, brote vigoroso de los genios artísticos de aquella época, nació al calor del idealismo cristiano, asociado al idealismo griego, unidos ambos con no sé que fantasía orientalista, mágica igualitaria y á la vez revolucionaria.

El hombre encontrábase entónces tan cerca de los ideales cristianos, que la lira de los poetas y novelistas, vibraba sólo con las creaciones de lo bello é ideal.

Después de la musa épica, hija de Grecia y ciudadana de Roma, debía venir la musa romántica; ella al rechazar las doctrinas de Arís, tóteles, de Boileau y L'Harpe, emancipándose de la escuela clásica, acercó el arte á la naturaleza y á la vida.

Y si bien ensancharon el radio de su acción, desviaron por exceso de idealismo, la visual que debía guiarlos.

Estas culpas, que más que de los escritores románticos, son de la época en que ellos vivieron, pueden ser compensadas con grandes méritos, que bien merecen nuestra gratitud y admiración.

El romanticismo inspirándose en el cristianismo, ha levantado á muy altas esferas el ideal del escritor.

Si convertimos la mirada hácia el arte antiguo encontraremos campeando, tanto el romance épico, cuanto en el drama y la leyenda, lo inverosímil, lo sobrenatural, é inmoral.

Homero, presenta á los hombres con mayor fuerza que los dioses; hace que sus personajes se arrojen á la cabeza piedras que doce yuntas de bueyes no podrían mover.

La fantasía de los escritores pintaba á un hombre-peze de Caldea, que tenía dos cabezas, una de hombre en la parte superior, y otra de hidra en la inferior, por cuya boca bebía el caos que luego vomitaba en forma de ciencia terrible por la boca superior.

Y en cuanto á moralidad: allí está el *Orestes* de Esquilo, que después de haber muerto á su madre se siente acometido por ideas terroríficas y alucinaciones fantásticas. Y el *Ajax* de Sófocles irritado porque perdía las armas de Aquiles, adjudicadas á Ulises, acuchilla á los soldados del ejército aqueo; y Medea, matando á sus propios hijos; y tantos otros actos de crueldad despiadada, que llenan la historia del arte griego y romano.

La infancia no conoce la compasión; y, ya sea que ella se manifieste en el arte, en la humanidad ó en el hombre, la encontramos desposeída de esas virtudes, que sólo son propias del hombre que goza de la plenitud de sus facultas morales é intelectuales.

En la Edad Media, en los comienzos de los tiempos modernos, se embrollan los obras de controversia religiosa y de derecho, con los procesos de hechiceros, y las relaciones de posesiones demoniacas.

XIV.

El romanticismo no morirá sin las bendiciones de los buenos y el hosanna de los que reconocemos sus grandes principios, nobles enseñanzas y bellos ideales.

Pero es preciso no olvidar que la aparición ó desaparición de una literatura no obedece como con muy escaso criterio se dice, á la novedad caprichosa de una moda, sino que está subordinada á causas más graves y más profundas, unidas íntimamente al movimiento social y político, que á su vez obedece á las ideas filosóficas que predominan en el mundo.

El nacimiento, el desarrollo, la florecencia juvenil, lo mismo que la caducidad y muerte de una literatura, son tan inevitables y fatales, como son esas mismas épocas en la vida del hombre.

Discutir sobre la necesidad de darle vida y devolverle su prepon-

derancia á la escuela romántica, es lo mismo que discutir sobre la importancia de resucitar á un muerto.

El espíritu humano es esencialmente progresivo y jamás vuelve camino para recojer y asimilarse aquello que dejó atrás por vetusto, gastado é inútil.

Es error de concepto creer que el ideal del arte no progresa; la idea y el ideal son términos correlativos, y mal puede la primera ejercitar su actividad con todos los problemas sociales políticos y filosóficos, dejanto inerte, impasible y vuelta de espaldas, el ideal que es la facultad que le sirve de expresión.

A ser demostrable y palmario el descaecimiento de la facultad ó potencia estética, importaría un signo cierto de la caducidad á que ha llegado nuestra especie; sería manifestación de que comienza á inclinarse *hácia la tumba tejiendo apresuradamente el sudario que ha de cubrirla.*

Y reconociendo los méritos del romanticismo pero también su caducidad, sus triunfos de ayer, pero también su insuficiencia de hoy; debemos parodiando al gran Bossuet exclamar. —“El romanticismo se muere, el romancismo se ha muerto!”

XV.

Quién escribe hoy novelas genuinamente románticas? Y caso de escribirlas ¿quién si ha pasado de los veinte años pierde tiempo en leerlas?

El novelista no es ya aquel hilvanador de cuentos, propios para entretener doncellas, ó amenizar los ocios de aburridos y soñadores; él aspira á algo más grande y más trascendental; aspira ser en las modernas sociedades, el colaborador más vidente en la resolución del magno problema que la escuela socrática planteó, como base de su moral cuando le dijo al hombre: —*Conocete á tí mismo.*”

La nueva generación que hoy se levanta ha arrojado lejos de sí, juntos con los abrillantados penachos del romanticismo, las galas de aquel arte seductor, rico y esplendoroso; y entrando de lleno en el arte moderno, prefiere vestir la ropa viril, aunque aspera y burda, propia del hombre que piensa, estudia, reflexiona, y deduce.

Y de estas condiciones, aportadas por el hombre pensador y científico, ha nacido el arte moderno. Sigamos su corriente y aprovechemos su enseñanza y sin ascos de doncellas pudibundas, ni tartufismos de hipócritas, rechazemos con enérgica selección, las exageraciones pornográficas y pesimistas del naturalismo y aceptemos aquello que sea adaptable al nuevo arte *realista*, único propio á nuestras jóvenes sociedades de América.

Si hay en el hombre cuerpo y alma, corazón y cerebro, sentimientos é instintos; jamás ninguna escuela prevalecerá definitivamente si ella no abarca al hombre en toda su realidad, sin idealizar-

lo como el romanticismo ni desnaturalizarlo y degradarlo como el naturalismo.

Los que comprendemos la altísima misión del arte, llevado al terreno de lo real, debemos resignarnos con la desaparición del romanticismo, en la esperanza de que su mejor savia ha de venir á fecundar, siguiendo la sucesión de las ideas, nuestro arte realista.

En el orden físico los seres muertos pasan á nutrir otros organismos; en el orden moral, las ideas muertas pasan á servir de base á otras escuelas y á otros principios.

Los que se llaman *conservadores* no son más que insensatos que pretenden hacer vivir cadáveres.

Toda idea lleva invívita otra mayor que le ha de suceder.

El tiempo destruye los lugares, y el progreso agranda las ideas.

En comprobación de este principio, volvamos la mirada hácia la historia. Allí están los seis escalones de la gran tribuna donde habló Demóstenes, cubiertos de yerbas y maleza, como si esa tribuna no hubiera sido un día, un foco de luz que se diría eterno; allí está la plaza Gerámica convertida en un barranco y el Odeón, de Herodes Atico, de donde se destaca la mutilada sombra del Parthenon, lleno de ruinas y escombros, y el templo de Teseo, quizá hoy sirve de abrigo á algún pastor de cabras ó presta asilo á murciélagos y buhos; pero si esos lugares se han destruído y esas ideas han muerto, su alma ha transmigrado, perfeccionándose de día en día, ha llegado á animar á nuestro arte moderno.

Las ideas, las fórmulas, que son las vestiduras del arte, se envejecen, se arruinan, caducan y mueren; pero queda la esencia misma del arte, que es inmortal como el espíritu humano.

Cuando una escuela ó una doctrina es insuficiente y carece de los principios necesarios para satisfacer la actividad del espíritu humano; muere, sin que sea parte á impedirlo, el esfuerzo de sus partidarios, ni el calor de su cariño ni aún la gloriosa serie de servicios prestados, y de campañas ganadas, y la enumeración de grandes y positivos méritos; muere porque en el mundo moral realizase el progreso como en el mundo físico, las ideas nuevas empujan á la tumba á las viejas ideas; como muere el anciano, apesar de sus grandes méritos, sus bellas acciones, y luminoso genio; muere dejando á las generaciones venideras, el legado de su moral que jamas se pierde ni destruye.

La novela del porvenir se formará sin duda con los principios morales del romanticismo, apropiándose los elementos sanos y útiles aportados por la nueva escuela naturalista, y llevando por único ideal la verdad pura, que dará vida á nuestro arte realista; esto es humanista, filosófico, analítico, democrático y progresista.

De hoy más el Arte, como la Ciencia, tiene horizontes ilimitados é infinitos.

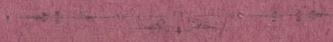
MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

12

ADVERTISING

+

The first of these is the fact that the
 advertiser is not only a consumer of
 goods but also a producer of goods.
 The second is that the advertiser is
 not only a consumer of goods but also
 a producer of goods. The third is
 that the advertiser is not only a
 consumer of goods but also a producer
 of goods. The fourth is that the
 advertiser is not only a consumer of
 goods but also a producer of goods.
 The fifth is that the advertiser is
 not only a consumer of goods but also
 a producer of goods. The sixth is
 that the advertiser is not only a
 consumer of goods but also a producer
 of goods. The seventh is that the
 advertiser is not only a consumer of
 goods but also a producer of goods.
 The eighth is that the advertiser is
 not only a consumer of goods but also
 a producer of goods. The ninth is
 that the advertiser is not only a
 consumer of goods but also a producer
 of goods. The tenth is that the
 advertiser is not only a consumer of
 goods but also a producer of goods.
 The eleventh is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 twelfth is that the advertiser is
 not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 thirteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 fourteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 fifteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 sixteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 seventeenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 eighteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 nineteenth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods. The
 twentieth is that the advertiser
 is not only a consumer of goods but
 also a producer of goods.



ADVERTENCIAS



1.^a Esta revista saldrá una vez al mes. Colaborarán en ella distinguidos escritores nacionales y extranjeros.

2.^a Las suscripciones se reciben por trimestres cuyo valor es de 50 centavos tanto en la capital como en provincias.

3.^a Los canjes, colaboración y correspondencia deben enviarse con la dirección siguiente:—Sr. Clemente Palma—Biblioteca Nacional (altos)—Lima.

4.^a De los libros que se remitan se acusará recibo en la sección BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS.

5.^a Las suscripciones en la capital se hacen en la Librería Gil—Calle del Banco del Herrador 113 y 115 y en la Librería "El Siglo" de J. Boix—Plazuela de la Merced, 118.

